

Doble cáliz o María, 2024

por E. Valldosera

Retomo el mismo dispositivo empleado en la serie de instalaciones lumínicas creadas en el espacio vacío de una iglesia en 1996[1], y lo hago, ahora, en un espacio rodeado por una serie de columnas para que parezca un templo. EL visitante que sigue el recorrido de la exposición obtiene una primera impresión pobre y desangelada. Dispersas por el suelo vemos varias jarras cerámicas (parecen extraídas de los bodegones de Zurbarán que éste acaba de ver), envases de productos de limpieza, copas y platos situados encima de libros.

Unos pasos más y nos encontramos con la imagen monumental proyectada en la pared. Es el resultado de fragmentar, superponer y 'poner orden' a las sombras provenientes de esos diversos objetos. Así funciona nuestra percepción. Nuestro mecanismo perceptivo está diseñado para ordenar lo que, de entrada, no tiene forma ni sentido. Lo hace automáticamente. Es de forma inconsciente que nuestra mente superpone o proyecta imágenes internas sobre lo que vemos. Recurrimos a las imágenes significantes de nuestro archivo visual personal que, a su vez, beben de los arquetipos culturales colectivos que nos nutren de pautas, normatividades y creencias.

Para hacer consciente este mecanismo decido recrear el perfil de la clásica Virgen Inmaculada a partir de la sombra de una botella de CIF. A sus pies, una semiluna blanca ha sido creada por un haz de luz que se cuelga por la por el asa de un envase de detergente COLON. Se asemeja a un cáliz, con su pie creado con la sombra de un jarro.

La sombra mariana quiere resignificarse al parecer una llama que surge del interior de ese cáliz. Sobresaliendo de lo que podría ser su espalda vemos la sombra gigante y difusa de una copa real. Como una cúpula invertida que recogiera la oscuridad nocturna. materializarse, hace eco con el blanco y radiante cáliz que parece, por momentos, querer materializarse dado que la lente del proyector lo está enfocando y desenfocando.

Esta imagen triádica, hecha de tres planos de luz que se superponen, me cuestiona el significado profundo del cáliz. Quizás el grial que legendariamente hemos estado buscando no es otra cosa que la matriz que el concepto de infinito requiere para parir todo lo material y vivo. Es doble la copa diatónica que contiene al espíritu, y éste es el requisito que nos impone la luz para existir. Requerimos la oscuridad para producir la experiencia que se nos pide trascender, para producir los hechos y las cosas y entender que los objetos son tan sólo orificios a través de los cuales proyectamos lo que no vemos, pero sentimos.

Faltaría la serpiente que, en forma de espermatozoide, inoculase su veneno en el espacio magnético y uterino de este cáliz en femenino. Es así como reinterpreto los símbolos eclesiásticos asociados a los principios Masculino y Femenino. Pero... ¿qué pinta Zurbarán aquí? Del pintor calificado de místico conozco bien sus drapajes que invitan al tacto y contacto con la luz que todo lo hace real, no obstante admiro especialmente uno de sus bodegones que conserva el MNAC y con el que había trabajado hace años recreando una acción (Loop, 1996) a modo de reinterpretación del pleno y el vacío.

Con cuatro utensilios, Zurbarán es capaz de reflejar el vacío primordial que todo ser mortal experimenta y, al mismo tiempo, decírtelo con tanta calma que te hace natural (y musical) lo que calificamos de sobrenatural. De todas formas, ahora sus jarras de porcelana, los platos, la copa de plata y bronce conviven con los envases de plástico de producción masiva. Los productos de limpieza que relegamos al cuarto oscuro de la casa se hacen irónicamente presentes para recordarnos todo aquello que se esconde entre bastidores para producir espectáculo.

Toda imagen es una ilusión, la *imago* es hija de un acto mágico que nos engaña - por ejemplo- tras las pantallas inteligentes que eliminan la suciedad 'natural' que se incrusta a los utensilios que manipulamos, y a las palabras que consideramos decentes, o a los cuadros barnizados por el discurso hegemónico patriarcal que representan una feminidad extirpada de su mensaje de consanguinidad.

Las Marías flotantes del barroco son arquetipos del Femenino todavía vigentes que distorsionan el principio que representan. Están lejos de mostrar la capacidad de

engendrar una sana sexualidad que represente la fuerza magnética de la Tierra sin la cual la fuerza eléctrica o solar -su complemento- no puede iluminarnos ni engendrarnos. Éste es el mensaje distorsionado que los conquistadores exportaron a tierras sudamericanas - utilizando imágenes como las que pinta Zurbarán- y que el bote de detergente COLON, valiente, señala y nos pone en guardia en medio de este bodegón diseminado.

Existe un desorden irreverente, los aparatos y su cableado conviviendo con los contenedores domésticos ocupan un espacio pensado y acomodado para preservar, bien enmarcados, unos bienes materiales -las obras de Arte- que, de hecho, actúan de ventanas conscienciales. Esta instalación es la puesta en escena de una función que nunca empieza, pero que se activa cada vez que vemos a un espectador cruzando el espacio y, por tanto, interponiéndose entre los proyectores y el muro, deshaciendo, momentáneamente, la magia de los hechos.

© Eulàlia Valldosera, 2024

[1] *Envases: el Culto a la Madre* (1996) es un conjunto de tres instalaciones creadas con de productos comerciales de limpieza. Situadas en el suelo, sobre pilas de libros o paños de limpieza, las botellas de plástico se interponen a las proyecciones de luz para generar inmensas sombras. Encajan exactamente dentro del perímetro de tres de las capillas laterales de la Iglesia del Roser (Lleida) y cada una de las tres imágenes proyectadas recrea un arquetipo del principio Femenino.